

abismo. ¿Diré todo lo que pienso? Pues temo, ¡oh atenienses! que á pesar de mi inocencia, alguna vez me envolvais en su condenacion, y que permanezcais ahora faltos de energía; porque os veo escuchar con la mayor indiferencia, que la desgracia pesa sobre vosotros, mirar el infortunio de los demás sin apartarlo de vuestras cabezas, y no tener ningun celo por la pátria, víctima desde hace mucho tiempo de irritantes y numerosos atentados.

¡Oh ejemplo extraño y casi increíble! ¡Ejemplo que me había propuesto omitir y que me siento impulsado á revelar! Vosotros conoceis sin duda á Pitoclo, hijo de Pitodoro. Yo estaba en muy buenas relaciones con él, y hasta la época de la embajada no había habido ninguna causa que las enfriase. Pero despues que estuvo junto á Filipo, se vuelve, cuando me vé, para no encontrarme; y si la casualidad le obliga á dirigirme la palabra, no tarda en buscar una excusa para alejarse, de miedo á que se le vea conversando conmigo. Con Esquines, al contrario, dá largos paseos por la plaza y tiene largas conferencias políticas. Indigno y peligroso contraste, ¡oh atenienses! los serviles agentes de la Macedonia están sometidos tan minuciosamente en lo que hacen y hasta en lo que no hacen, á la vigilancia de Filipo, que lo mismo que si lo tuviesen á la vista, cada cual teme no poderle ocultar, ni aun aquí, uno solo de sus pasos, arreglando sus odios y sus amistades por las miras que le suponen; y entretanto los ciudadanos que están consagrados á vosotros, que son celosos de vuestra confianza é incapaces de faltar á ella, os encuentran tan sordos y ciegos, que yo mismo estoy reducido á combatir en vuestra presencia cuerpo á cuerpo, contra esos malvados cuyos crímenes os son bien conocidos. ¿Quereis saber la causa de esto? Pues voy á manifestarla, ¡y ojalá que mi franqueza no os sea importuna!

Filipo, que es dueño absoluto de su reino, ama con preferencia á quien le sirve, como ódia á quien le perjudi-

ca. Pero en la creencia de los atenienses, el daño ó el beneficio hecho á la República no afecta á ninguno de ellos individualmente considerado. Hay tambien otros motivos que obran más de cerca sobre cada uno de vosotros y que os seducen con frecuencia, tales como piedad, envidia, cólera, miras interesadas y otros muchos móviles de esta índole. Y aunque estas causas no influyeran nada, ¿sucedería lo mismo con los que no pueden sufrir á un hombre honrado? De aquí tantos descuidos como penetran sordamente el cuerpo del Estado, y contribuyen juntos á quebrantarle. Apartad hoy de vosotros, ¡oh atenienses! errores tan lamentables. ¡No haya clemencia para vuestro opresor! ¿Qué se dirá si lo absolveis? «Atenas ha mandado como embajadores á la córte de Filipo, á Filócrates, Esquines, Frinon y Demóstenes. Y bien, ¿qué ha sucedido? El último, no solamente no ha sacado ningun provecho de su embajada, sino que ha rescatado muchos cautivos á su costa; mientras que el primero, con el producto de su traicion, se hacia traer de muy lejos cortesanos y manjares delicados. Otro envió á Filipo un hijo, aún adolescente; este fué el infame Frinon. Entre ellos había uno que no hizo nada indigno de sí mismo ni de la República. A los cargos de corega y de trierarca, el acusador ha creído deber imponerse gastos voluntarios para libertar prisioneros, y no permitir que tuviese falta de recursos ningun ciudadano de los que se hallaban en la desgracia. El acusado, lejos de cuidarse de un solo cautivo, ha preparado á Filipo por medio de sus intrigas el avasallamiento de una comarca entera, aliada de Atenas, y de más de diez mil hombres de infantería pesada y cerca de mil de caballería. ¿Y qué ha resultado? Ocupándose de este asunto, que conocen desde hace mucho tiempo los atenienses..... ¿qué han hecho? A los que habían recibido dádivas y presentes; á los que habían cubierto de oprobio sus personas, sus hijos y su pátria, los han acojido bien, mirándolos como á

hombres de gran juicio, y considerando á Atenas como una República servida con celo. ¿Y al acusador? Al acusador lo han considerado como un loco que desconoce su pais y que no sabía en qué malgastar su dinero.» ¿Quién, pues, ¡oh atenienses! si el proceso tuviese este resultado, estaría dispuesto á conducirse con integridad? ¿Quién querría cumplir una mision con desinterés, no recibiendo nada ni ganando más crédito, ante vosotros, que los que se hubiesen portado del modo contrario? Así pues, ved que, legisladores no menos que jueces, vais á establecer para siempre si un embajador debe venderse sórdidamente al enemigo, ó consagrarse con un completo desinterés al servicio de su pátria.

Para todas estas cosas serian supérfluos los testigos.— Llama solamente á los que declararon que Frinon envió su hijo.—(*Declaracion.*)

Esquines no ha acusado á este hombre por haber entregado su propio hijo á Filipo para satisfacer miras infames; y cuando un ciudadano distinguido por su figura, no previendo á qué sospechas espone la belleza, sigue una conducta ligera, ¡lo acusa de prostitucion!

Pero hablemos del decreto de invitacion: casi había olvidado este punto, que es uno de los más importantes de mi causa. A la vuelta de la primera embajada, cuando aún no se conocía ningun discurso, ninguna perfidia, conformándome al uso legal, presenté al Consejo y despues á la sancion del Pueblo, reunido para deliberar sobre la paz, un decreto en que tributaba elogios á los embajadores y los invitaba al Pritaneo. Os aseguro ¡por Júpiter! que hice mas aún; hospedé en mi propia casa á los enviados de Filipo é hice que fuesen tratados espléndidamente. Testigo de la importancia que atribuyen en su pais á este lujo ostentoso, creí deber superarles en esto y mostrar una magnificencia mayor aún que la suya. El acusado dirá tambien que yo mismo les he decretado elogios, y que he

obsequiado á la Diputacion; pero cuidará de confundir las fechas. Esto tuvo lugar antes de que el Estado hubiese sufrido ningun perjuicio, antes de que la corrupcion de los embajadores se hubiese descubierto: era esto al regreso de la primera embajada, de la cual tenian todavía que dar cuenta al Pueblo, y cuando nada anunciaba aún que Filócrates presentaría una proposicion culpable, ni que Esquines había de apoyarla. Si, pues, habla de mi decreto, recordadle que es anterior á sus prevaricaciones. Desde que tuve sospecha de estas, no volvió á haber entre nosotros ninguna relacion ni trato.—Lee la declaracion.—(*Lectura de la declaracion.*)

Filócares y Afobetos, hermanos de Esquines, vendrán á interceder en favor de este. A entrambos podeis oponerles sólidas y numerosas razones. Preciso es que les digais sin disimulo ni contemplacion: «Afobetos, y tú Filócrates, pintor de armarios y tambores, á vosotros y á los vuestros, empleados subalternos y pobres infelices, (lo que sin ser un crimen no constituye un título para elevarse á general), nos hemos dignado confiaros los más honrosos cargos, embajadas y puestos militares. Si ninguno hubiéseis prevaricado, la gratitud no sería nuestro deber, sino el vuestro. ¡A cuántos ciudadanos más dignos no hemos tenido que olvidar para elevaros á la altura en que os veis! Pero si en los destinos mismos con que os honramos ha cometido uno de vosotros graves atentados, ¿no deberemos sentir hácia vosotros más bien animadversion que indulgencia?» Por mi parte, atenienses, tal es mi pensamiento. Puede ser que os asedien con sus clamores y sus ruegos, y quizá se apoyen en esta frase: ¡Clemencia al que intercede por un hermano! ¡Pero no vayais por esto á capitular! Tened presente que si ellos se interesan por este hombre, vosotros no podeis olvidaros de las leyes del Estado, y sobre todo del juramento que pronunciásteis al ocupar esos asientos. ¡Os suplican que absolvais á un her-

mano! Preguntadles si es como inocente ó como culpable. ¿Cómo inocente? Entonces diré con ellos que es preciso absolverle. ¿Como culpable? ¡En este caso es un perjurio lo que solicitan! Aunque vuestra votacion sea secreta, no por eso se oculta á la vista de los Dioses; y este misterio del escrutinio acredita sin duda la sabiduría del legislador. ¿Cómo puede ser así? se preguntará. Porque de este modo los que dirijan súplicas al tribunal no pueden saber qué juez les ha sido favorable, mientras que los Dioses y el Destino sabrán quién ha dado su voto en contra de la justicia. ¿Pero no será mejor que fallando conforme á vuestra conciencia, ganeis para vosotros y para vuestros hijos la proteccion del cielo, más bien que dispensar una gracia furtiva á las súplicas que se os dirijan, y perdonar á un culpable que ha declarado contra sí mismo?

En efecto, Esquines, ¿por qué testimonio más decisivo que el tuyo puedo probar todos los crímenes de tu embajada? Tú, que has creído á propósito envolver en el más cruel infortunio al ciudadano dispuesto á descubrir una parte de tu conducta, aguardarias sin duda grandes rigores para tí mismo, si los que me escuchan la hubiesen conocido. Así, atenienses, aconsejados por un juicio recto, hareis recaer su acusacion sobre su cabeza, no solamente como una prueba infalible de sus prevaricaciones, sino como un conjunto de palabras que hoy se convierten en su daño; porque los argumentos que presentastes acusando á Timarco, ¡oh Esquines! no tendrán menos fuerza contra tí pronunciados por otros lábios. Tú decias entonces al tribunal: «Demóstenes atacará mi embajada para rechazar la acusacion, y si logra estraviaros del motivo del proceso, tiene seguro el triunfo. Entonces irá diciendo por todas partes: ¿qué os parece lo que he hecho? He desconcertado á los jueces, y he conseguido escamotearles el asunto.» No te conduzcas, pues, de este modo; que mi ataque sea el punto concreto de tu defensa. Deja por allá tu discurso

contra Timarco, tus vagas inculpaciones y tus evasivas.

A falta de testigos para hacer condenar al acusado, llegabas hasta decir á los jueces:

«Formada por el grito unánime de cien pueblos, ¿quién puede desmentir la poderosa voz de la Fama? Pertenece, además al número de los Inmortales.» (*Hesiodo.*)

Pero Esquines, todo el mundo repite que has faltado á tus deberes; escucha, pues, estas palabras:

«Formada por el grito unánime de cien pueblos, ¿quién puede desmentir la poderosa voz de la Fama?»

¡Y juzga cuántos más clamores no se elevan contra tí! Ninguno de los pueblos vecinos conoce á Timarco; pero respecto de vosotros, no hay heleno ni bárbaro que no diga que habeis recibido dinero. Si, pues, la Fama es verídica, no lo es ménos esta voz de los pueblos que os denuncia. Como Diosa, ella manda que se la crea; tú mismo lo has dicho; tú mismo has hecho notar el gran juicio del poeta, autor de estos versos.

Los yambos que ha recogido le han proporcionado tambien una induccion:

«A quien frecuenta la compañía de gentes corrompidas, no le preguntes quién es. Para conocerle basta conocer á sus amigos.» (*Eurípides.*)

«Y bien, decía él, de un hombre que asistía á las luchas de pájaros, de un hombre que iba por todas partes con Pitalacos y los demas, ¿qué idea debe formarse? ¿Lo ignorais acaso?» Estos mismos versos, ¡oh Esquines! vienen hoy á acusarte por mi voz, con la diferencia de que aquí, á lo menos, la cita será oportuna. A quien en una embajada buscaba la compañía de un Filócrates, jamás le pregunto lo que ha hecho. Sé que semejante hombre ha recibido dinero, como Filócrates que lo confiesa. Pero este Esquines que se esfuerza en ultrajar á los demas con los calificativos de sofistas y de compiladores de noticias, hace incontestablemente que la injuria recaiga sobre él mismo. Los yambos que ha citado son del *Fénix* de Eurípides, obra que jamás fué representada por Teodoro ni por Aristodemo, bajo los cuales ha desempeñado siempre los papeles secundarios; sino por Molon y algunos otros actores antiguos. Frecuentemente, por el contrario, Aristodemo y Teodoro han puesto en escena la *Antígona* de Sófocles; frecuentemente Esquines ha declamado en esta tragedia hermosos versos muy instructivos para Atenas; pero no les citó aunque los sabía muy bien. No ignorais que en todas las tragedias los actores de tercer orden pueden, por un favor especial, aparecer en la escena como Reyes con el cetro en la mano. Pero ved el lenguaje que en esta obra pone el poeta en boca de Creon—Esquines: el embajador ha hecho poco caso de las palabras del cómico; el acusador de Timarco se ha guardado bien de citarlas á los jueces.—Lee:

VERSOS DE LA *Antígona* DE SÓFOCLES. (1)

---

(1) En español tenemos una traducción anónima de esta tragedia; pero está hecha tan libremente, que de trasladar su texto parecería fuera de propósito la cita de Demóstenes. La traducción de que hablamos lleva el título de *Polínice ó los hijos de Edipo*.

«Mientras que un hombre no ha manejado las riendas del Gobierno, ¿cómo juzgar su mérito? ¿Cómo leer en su corazón? ¿Cómo conocer su carácter? Escuchad, ¡oh tebanos! la palabra sincera de Creon: si el jefe del Estado no sigue el sendero que marca la justicia, si el temor ó la esperanza cierran su boca, siempre aparecerá á mis ojos como un pérfido. Solo merece desprecio el que no anteponga el bien de su patria á las complacencias de la amistad. ¡Dioses inmortales que lo sabeis todo! ¡Os pongo por testigos de mis palabras! Si viese alguna vez una conspiración funesta preparar la ruina de los ciudadanos, los enemigos de Tebas serian tambien los míos; jamás olvidaría que salvar la patria es salvar la vida y la fortuna de cada uno, y que despues de aplacada la borrasca veriamos tambien á nuestros amigos librados del naufragio.»

Hé aquí lo que Esquines no ha cumplido durante su embajada, sino que prefiriendo á la República la amistad de Filipo, como mucho más honrosa y lucrativa, ha despreciado á Sófocles y sus máximas. Aunque vió el desastre adelantarse amenazador con el ejército que marchaba hácia la Fócida, muy lejos de dar el grito de alarma, lo ha ocultado, lo ha favorecido, ha cerrado la boca á quien se disponia á anunciarlo, olvidando que la salud de la patria es la salud de todos; que, en esta misma patria, su madre prosperó en su oficio de explicar los misterios, y pudo sustentar á sus hijos; que allí, segun nos dicen nuestros ancianos, vivía su padre miserablemente, desempeñando el cargo de maestro de escuela junto al templo de Toxaris; que cuando ellos eran escribientes y criados de todos los jueces, realizaron culpables ganancias; que, en fin, como empleados públicos, y gracias á vuestros sufragios, han vivido dos años cobrando sueldos del Estado, y que Esquines mismo fué embajador de esta República. No

ha recordado ninguno de los beneficios que la debe, y lejos de procurarle una navegacion próspera, la ha volcado y sumergido; ha hecho cuanto le ha sido posible por entregarla al enemigo. ¡Y aún dirás que no eres un sofista y un infame! ¡Aún dirás que no eres un declamador enemigo de los Dioses, tú que callas las máximas que conserva tu memoria y que has recitado frecuentemente, y que buscas y presentas para perder á un ciudadano, otras que jamás correspondieron á tus papeles!

Hablando de Solon, ved aquí su lenguaje. Solon, decía, figurado con la mano en su manto, representa la modestia de los oradores de su tiempo, lo cual es una injuriosa censura de las costumbres lijeras de Timarco. Pero esta estatua aseguran en Salamina que no hace cincuenta años que se erigió, mientras que desde la época de Solon hasta la nuestra han trascurrido cerca de doscientos cuarenta. Así, pues, ni el artista que le dió la postura que tiene, ni aun su abuelo, fueron sus contemporáneos. Sin embargo, Esquines citó esta estatua y sacó de ella su argumento. Pero lo que no indicó siquiera, fué el espíritu mismo de Solon, mucho más precioso para Atenas que una simple actitud; y aun no contento con omitirlo, procedió de una manera enteramente contraria. Despues del abandono de Salamina, y á pesar de haberse prohibido con pena de muerte el proponer recuperar esta isla, Solon compuso y cantó, arrostrando el peligro que en ello había, versos por los cuales consiguió restituirla á sus conciudadanos y borrar su vergüenza. Y Esquines, ¿qué es lo que ha hecho? La ciudad de Amfipolis, que el Rey de Persia y todos los helenos habian reconocido como ateniense, fué entregada, fué vendida por él, y no con otro objeto sostuvo la innoble proposicion de Filócrates. ¡Oh Solon! ¡Cuán indignos lábios recordaron tu memoria! Pero ¿fué únicamente en Atenas donde obró así? No, en la misma Macedonia no pronunció el nombre de la ciudad objeto de

su embajada; y en el relato que os hizo, no habreis olvidado que os decía: «Yo tambien tenía que hablar de Amfipolis, pero he dejado este punto á Demóstenes.» Entonces me adelanté á mi vez y dije: «No, ese hombre no me ha reservado nada de lo que queria decir á Filipo: ¡más bien habría dado su sangre que consentir á nadie una palabra!» Su silencio ante Filipo se esplica por el oro que había recibido, y que este Principe había dado para conservar la plaza. Se nos van á leer los versos de Solon, y vereis cómo el gran legislador aborrecía á los hombres parecidos á este malvado. ¡No es el orador, Esquines, y sí el embajador el que debe tener su mano fiel y obediente á su mandato! Despues de haber intrigado en Macedonia contra nosotros, despues de haber avergonzado á tu pátria, ¡te atreves á hablar aquí de honradez y decoro! ¡Y con haber ocupado tu memoria en recordar miserables retazos de poesía, te crees absuelto de todos tus crímenes, puesto que, con la cabeza cubierta, recorres la ciudad insultándome!—¡La lectura!

#### VERSOS DE SOLON.

«Gracias á Júpiter y á la bondad de los demás Dioses, ¡jamás serán destruidos los muros edificados por nuestros abuelos! Atenea, hija del Padre de los Dioses, estiende su mano fuerte y protectora sobre su ciudad. El pueblo es quien quiere arruinarla con su desmedida aficion al oro. Sus jefes meditan el crimen, y alentados por su audácia, desafian el peligro de los más grandes desastres. Jamás supieron imponerse el freno de la moderacion y dirigir sus pasos á la paz y á la virtud. «¡Oro y siempre oro! gritan. ¿Qué importa la justicia? Levantemos rápidamente el edificio de una dicha pasajera.» Despues que piensan así,

no hay nada seguro de sus manos; atentan á los tesoros de los Dioses; no respetan los bienes de los particulares y ofenden á Temis que lo vé todo en silencio..... ¡Oh! ¡El tiempo la vengará! ¡Una llaga incurable y profunda se estiende por todas partes; la libertad se cambia en servidumbre; la discordia produce el incendio de la guerra; la tierra se riega con la sangre de los ciudadanos, y el pais que se ama desde la infancia, es primero destrozado y despues vendido por sus propios hijos! Hé aquí los males que alcanzan á todos. Pero la muchedumbre indigente, ¿qué suerte sufre? Arrastrada y sumida en la vergüenza y la ruina comun, tiene que sufrir todos los males del destierro. Ni las casas más ricas se libran de participar del desastre; los cerrojos, las defensas, los obstáculos, sirven solo para despertar su obstinacion, y penetra hasta el lecho para sorprender su víctima. ¡Oh, mis conciudadanos! Todas estas desgracias nacen del desprecio de las leyes, que es el mayor de los azotes. Amad el yugo de las leyes: produce el decoro, calma la fiereza del carácter, contiene la licencia, destruye la tiranía y la codicia, ahoga en el corazon el crimen premeditado, disminuye los procesos, evita las desavenencias y destruye las tramas criminales de la ambicion. Todo pueblo que se honra, respetando las leyes, llega á poseer la sabiduria y asegura sus derechos.»

Ya habeis oido, ¡oh atenienses! lo que dice Solon de esta raza de hombres y de los Dioses que llama salvadores de la pátria. Sí, yo creo que la proteccion del cielo no ha abandonado en ningun tiempo á nuestra República. Creo tambien reconocer en todas las circunstancias de este proceso las señales de un designio providencial. Me explicaré: un hombre culpable de numerosos y graves delitos, un embajador que ha entregado comarcas enteras donde los Dioses deberian recibir la adoracion vuestra y de vues-

tros aliados, hiere de muerte civil á un ciudadano que se disponia á acusarle. ¿Y por qué ha sucedido esto? Porque era necesario que él no obtuviese, para sus crímenes, ni clemencia ni perdon. Además, al acusar á Timarço me denigró injustamente, y otra vez ante el Pueblo, me amenazó con su venganza y sus persecuciones. ¿Por qué hizo esto? Porque deseaba que me negáseis vuestra benevolencia en el momento de acusarle, y una amplia libertad para revelaros todas las iniquidades que ha descubierto en él, mi vista siempre vigilante. Pero no es esto todo: despues de haber evitado hasta ahora el dar cuenta de su conducta, vedle ante vosotros en un momento en que los inminentes peligros que nos cercan bastarian para hacer que inspire temores, y aun que sea imposible, la impunidad de su corrupcion. Porque si es necesario, ¡oh atenienses! aborrecer y castigar siempre á los traidores y á los hombres corrompidos, hoy más que nunca seria esta severidad oportuna y universalmente saludable.

Un mal contagioso ha invadido la Grecia, mal funesto que hace necesarias vuestra vigilancia y la proteccion de la Fortuna. Los ciudadanos más notables que cada Estado ha creido dignos de dirigir sus asuntos, abjurando de la libertad, y adornándose con los nombres de huéspedes y de amigos íntimos de Filipo, evocan y preparan la servidumbre. El Pueblo y los magistrados que deberian reprimirlos y condenarlos á muerte sin detencion, los admiran y envidian, aspirando á los mismos beneficios. Por esta emulacion culpable, la Tesalia perdió no hace mucho su ascendiente y su prestigio, y hoy su independencia le ha sido arrebatada, puesto que hay guarnicion macedónica en muchas de sus fortalezas. Penetrando este azote en el Peloponeso, ha producido las luchas sangrientas de la Elida, y comunicado un delirio furioso á los miserables que, para elevarse los unos sobre los otros y alargar despues la mano á Filipo, se han anegado en la sangre de sus

amigos y parientes. No se detuvo aquí la terrible plaga; estendida por la Arcadia sembró el desorden en todas partes; y estos montañeses á quienes la libertad debería inspirar la nobleza de vuestros sentimientos, puesto que lo mismo que vosotros son hijos del país en que viven, se entusiasman por Filipo, le consagran estatuas y coronas, y acuerdan que sus ciudades le abrirán las puertas tan luego como ponga el pié en el territorio. La misma conducta se observa entre los argivos. Os aseguro, ¡por Ceres! que todos estos síntomas exigen las más grandes precauciones. La epidemia, despues de haber recorrido las ciudades comarcanas, se ha deslizado en la nuestra, ¡oh atenienses! Mientras que no se desarrolla, vigilad sobre vosotros mismos y dirigid vuestra indignacion contra los que la han importado. Si no obráis así, temed que no reconocereis la utilidad de mi advertencia, hasta que el remedio del mal se haya hecho imposible.

¿No veis en el desastre de los olintios una leccion clara y elocuente? La ruina de estos infortunados fué debida, sobre todo, á su desorden: juzgad dé esto por su historia. Antes de la liga calcídica, cuando solo tenian aún cuatrocientos soldados de caballería, y cuando el total de sus fuerzas no escedía de cinco mil hombres, Lacedemonia, que como sabeis dominaba entonces por mar y por tierra, los atacó con fuerzas considerables por ambas partes. Acometidos por un poder tan superior, lejos de perder una ciudad, lejos de perder una sola fortaleza, obtuvieron muchas victorias, mataron al enemigo tres generales y dictaron las condiciones de la paz. Sin embargo, algunos olintios comenzaban ya á recibir dádivas; la multitud, estúpida ó más bien arrastrada por un destino fatal, los creyó más dignos de confianza que á sus oradores leales; Lastenes llenó su casa de maderas que le daban en Macedonia; Eutícrates poseyó grandes rebaños de bueyes que no había comprado; unos volvian con ovejas, otros con caba-

llos; y entretanto el Pueblo á que hacian traicion, respondia á su conducta, no con su cólera, no con el castigo que merecian, sino con muestras de admiracion y de envidia, y formando una alta idea de sus talentos. En este estado funesto en que solo se veía el triunfo de la corrupcion, Olinto con sus mil caballos, sus diez mil infantes, la alianza de todos sus vecinos, vuestros socorros de diez mil soldados mercenarios, de cuatro mil ciudadanos y de cincuenta triremes; Olinto, repito, no ha podido salvarse. En menos de un año de guerra había perdido, por los manejos de los traidores, todas las ciudades de la Calcídica. Filipo, que no podia acudir á todos los ofrecimientos de la traicion, no sabía qué presa arrebatarse primero. Cogió de un solo golpe quinientos soldados de caballería, con todos sus pertrechos, los cuales le habían sido entregados por sus mismos jefes: ¡suceso sin ejemplo! Los culpables no temen ni respetan nada; ni la luz del dia, ni el suelo de la pátria, ni los templos, ni los sepulcros, ni la voz de la fama que pregonaba por todas partes la afrenta de semejantes acciones. Tal es, ¡oh atenienses! el delirio de la codicia. Sed vosotros más sábios y prudentes; perseguid y castigad los mismos crímenes en nombre de la nacion. Sería muy extraño que despues del decreto enérgico que expedisteis contra los traidores de Olinto, se os viese dejar impune la misma perfidia en Atenas.—Lee el decreto.—  
*(Lectura del decreto.)*

Los helenos y los bárbaros han aplaudido, ¡oh jueces! vuestros acuerdos contra los traidores y los enemigos de los Dioses. Puesto que las dádivas aceptadas son el preludio y la causa de las traiciones, considerad á quien las haya recibido como traidor á la pátria. Si uno pierde los instantes preciosos, si otro desaprovecha los medios de obrar, y si un tercero entrega las tropas, cada uno contribuye á la ruina comun del modo que puede; pero todos merecen igualmente vuestro aborrecimiento. Sois los úni-

cos, ¡oh atenienses! entre todos los pueblos, á quienes es dado seguir, en esto, ejemplos domésticos, é imitar con vuestras obras á unos antepasados que merecen todas vuestras alabanzas. Si el estado presente de la República y la paz actual no os permiten ser sus émulos en las batallas, en las expediciones, en los peligros que labraron su gloria, imitad por lo menos su prudencia. La prudencia es una necesidad de todos los tiempos. Las horas que pasais congregados, empleadlas en conocer y decidir lo que conviene en cada asunto: así hareis prosperar los intereses públicos, y conservareis el esplendor de vuestros abuelos: un acuerdo desacertado sería funesto é indigno de la memoria de nuestros padres. ¿Cuál era su pensamiento sobre la corrupcion política?—Secretario, toma esta inscripcion y procede á su lectura.—Conviene recordaros que os mostrais blandos con los actos que castigaban de muerte vuestros antepasados.—Lee. (*Inscripcion de la Columna.*)

Ya habeis oido, ¡oh atenienses! esta inscripcion que declara enemigo del Pueblo de Atenas y de sus aliados, á Artmios de Zelia, hijo de Pitonax, y á toda su raza. ¿Y por qué? Por haber introducido en el pais de los helenos el oro de los bárbaros. La deduccion natural de esto es que vuestros padres velaban porque ni un solo extranjero perjudicase con su oro á los intereses de la Grecia, mientras que vosotros no precaveis la misma ciudad de Atenas contra los atentados de un ateniense. Y ¿podrá creerse que esta inscripcion se ha colocado al acaso? No, ¡por Júpiter! se halla en el vasto circuito consagrado del Acrópolo, á la derecha de la gran Minerva de bronce, glorioso monumento de nuestras guerras contra los bárbaros, erigido por la República á espensas de toda la Grecia. Entonces la justicia era tan sagrada y el castigo de un criminal tan importante, que se creyó debian colocarse juntas la estátua de la Diosa, testimonio de nuestro valor, y la columna donde está grabada la sentencia contra el culpable. Pero

hoy, si no deteneis el desbordamiento de la licencia, la impunidad convertirá los crímenes en una costumbre infame.

Y no es en esto solamente, ¡oh atenienses! en lo que deberíais imitar á vuestros antepasados, sino en todo cuanto hicieron. Sin duda habreis oido referir que Calias, hijo de Hipónico, negociador de aquel célebre tratado de paz que solo permitía al gran Rey acercar sus tropas al mar á distancia de una jornada, y que le prohibía la navegacion en naves de alto bordo, por entre las islas Cianeas y Calidónicas, estuvo á punto de perder la vida por la sospecha de presentes recibidos en su embajada, y cuando rindió sus cuentas fué condenado á una multa de cincuenta talentos. Y sin embargo, jamás antes ni despues se hizo una paz tan honrosa para la República; pero en ella solo veian el fruto del valor y de la fama de Atenas, mientras que en la aceptacion de las dádivas y en la negativa á recibirlas, reconocian el carácter del diputado. Deseaban que todo hombre público fuese íntegro é incorruptible, y les parecía la venalidad una tan funesta enemiga del Estado, que no la toleraban ni en los negocios ni en las personas. Y vosotros, atenienses, despues de haber visto que la paz ha destruido las fortalezas de nuestros aliados, que ha levantado palacios para sus negociadores, que ha despojado á la pátria de sus dominios y enriquecido á vuestros mandatarios más de lo que podian desear sus ambiciones, ¡no los habeis esterminado todavía! ¡Os hacía falta un acusador! ¡Juzgais, en vista de palabras, de crímenes atestiguados á todo el mundo por los hechos!

Los ejemplos antiguos no son los únicos que se pueden citar para decidiros á imponer un castigo al delincuente. Aun viven atenienses que han visto á la justicia descargar sus golpes sobre muchos ciudadanos. Me limitaré á nombraros dos ó tres que fueron castigados con la muerte, por motivo de una mision mucho ménos funesta á la